

IMPACTO DE LAS RELACIONES PARENTALES Y EL ENTORNO SOCIAL EN LA PRIMERA INFANCIA

Jeanette Martinez
CEREBRUM

A lo largo de nuestra vida el apego maternal temprano, la construcción de vínculos seguros y la estimulación inicial en el plano afectivo y sensoriomotora influirá significativamente sobre la probabilidad de desarrollar nuestro potencial humano a lo largo de la vida, dado que un desarrollo infantil en buenas condiciones y en entornos socioafectivos protegidos, pueden augurar una vida adulta saludable.

Las investigaciones nos han demostrado que en los primeros años de la vida el impacto de los factores de riesgo y de los factores protectores del desarrollo, pueden hacer la diferencia entre una vida plena y una trayectoria vital limitada.

En tal sentido, se hace necesario generar instrumentos específicos de apoyo y acompañamiento a las familias, las personas responsables del cuidado y atención de la primera infancia, así como a la comunidad en su conjunto, tanto para proveer a los niños y niñas de las condiciones que necesitan para crecer y desarrollarse, como para aportar a sus cuidadores las pautas y modelos que les permitan fortalecer su desarrollo integral.

Pero, ¿qué necesita una familia para cumplir eficazmente con su rol? Desde el punto de vista de las condiciones básicas de bienestar, requiere de una base material mínima sobre la cual sus integrantes puedan cumplir las funciones que les corresponden, cada cual en su rol y de acuerdo a la etapa del ciclo de vida en que se encuentre.

Asimismo, se requiere de competencias que permitan generar capacidad para:

- tomar buenas decisiones,
- construir vínculos saludables y seguros,
- establecer límites,
- motivar,
- cuidar y, sobre todo, para
- fortalecer afectivamente el desarrollo biológico, afectivo, social y cognitivo de los niños y niñas a su cargo.

Esta tarea demanda la concurrencia de profesionales y personal entrenado para acompañar y preparar a los padres y madres quienes, asumiendo el rol de cuidadores principales de los niños, requieren orientación y recursos para cumplir con ese propósito.

En la medida que los niños y las niñas son el eje de toda propuesta educativa, evaluar las competencias parentales de los adultos responsables de su crianza, es una forma de recopilar la información necesaria para decidir cuál es el mejor contexto familiar para garantizar los buenos tratos a los que ellos y ellas tienen derecho.

Una parentalidad adecuada garantizará el bienestar, la salud y el desarrollo sano de los niños y de las niñas y es una garantía de aplicación real de la Convención Internacional de los derechos de los niños y las niñas, al procurar que tengan el máximo de oportunidades para desarrollarse sanamente, por lo que es importante conocer qué es lo que se transforma en este proceso.

Y en este orden de ideas, el cerebro es definitivamente la parte del organismo que permite que los seres humanos seamos capaces de sentir, movernos, aprender, memorizar, pensar, hablar, amar, vivir en pareja, cuidar a los hijos, tener conciencia de nosotros mismos y de lo que nos rodea, planificar el futuro y reflexionar éticamente. Pero al mismo tiempo, es la parte del cuerpo responsable que algunas personas roben, agredan a otras, engañen, maltraten a los hijos o a su pareja.

Es en este órgano complejo, poderoso, pero sumamente dependiente de los entornos humanos para su desarrollo y conservación, que se desarrollan nuestras habilidades y capacidades para la vida. Entre otras, el conjunto de comportamientos que permiten las competencias parentales que nos permiten ser capaces de cuidar, criar, proteger, educar y socializar a los hijos e hijas como una de las funciones más fundamentalmente humana que existe.

En las últimas dos décadas, las investigaciones sobre la organización, el funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso, han demostrado que:

- los cuidados, las caricias, contacto físico y los buenos tratos que los adultos dedican a sus hijos e hijas, juegan un papel fundamental en la maduración y el desarrollo del cerebro, impactando decididamente en su funcionamiento. A esta temprana edad, esta influencia es responsable de configurar un cerebro sano con capacidad para responder a todos los retos de los primeros años de la vida y, más adelante, a los de una vida adulta, siendo uno de ellos ejercer una parentalidad adecuada y competente. Estos factores provenientes del entorno, permiten no sólo la maduración neuronal, sino el desarrollo de sus dendritas y axones, con lo que establecerán contactos o sinapsis con otras neuronas para ir configurando las diferentes áreas del cerebro responsables de su óptimo funcionamiento.
- Resulta de suma importancia mecer a un bebé como estímulo para la maduración cerebral. Esta acción comienza cuando el bebé está en el útero y continúa con el mecimiento de los recién nacidos y los lactantes. Constituye una acción fundamental para el correcto desarrollo del cerebro, en especial del cerebelo. Este último es el que modula la producción de dos neurotransmisores: la noradrenalina y la dopamina, las mismas que se encuentran anormalmente aumentadas en los niños abandonados carentes

de afecto y de cuidados, que pueden explicar la hiperactividad, los comportamientos violentos que estos niños y niñas presentan, las adicciones futuras y los comportamientos delictuales en la adolescencia y en la adultez.

- La ausencia de contacto y la falta de cuidados hacen que el cerebro produzca más adrenalina, lo que también predispone a comportamientos más impulsivos y agresivos. En la medida que muchos de estos niños y niñas, futuros padres o madres crecen en contextos familiares violentos, sus propios comportamientos agresivos les facilitan “la adaptación” al entorno, por lo que se puede concluir que “mientras menos cuidados y protegidos estén los niños y las niñas, más agresivos tendrán que ser para sobrevivir.”
- A pesar del daño provocado en los hijos por las incompetencias de sus progenitores, el cerebro infantil tiene una plasticidad estructural, por lo que nuevas experiencias de cuidado, protección y educación, pueden estimular la emergencia de nuevos circuitos cerebrales y recuperar así funciones dañadas o perdidas. Esto es factible si existe por lo menos una persona que los trate con amor y respeto incondicional.

Al momento de nacer nuestro sistema nervioso aún está madurando, por ello necesitamos que nuestras madres y padres se ocupen de nosotros por largos periodos. Somos, pues, dependientes de las atenciones de cuidado y protección para poder sobrevivir, crecer y desarrollarnos. A medida que las interconexiones se van instalando, bajo la influencia del entorno, las diversas ramificaciones se irán recubriendo de una sustancia llamada mielina, capa aislante que recubre las prolongaciones neuronales. Esta sustancia, es responsable de asegurar la calidad de la transmisión nerviosa y, en resumen, la posibilidad de realizar funciones cada vez más complejas.

El proceso descrito se conoce como auto-organización cerebral y es lo que permitirá a los niños la integración de diferentes modos de procesamiento de la información resultado de las experiencias positivas o negativas que se derivan de las relaciones interpersonales con sus padres y demás miembros de su familia.

El motor de este proceso de auto-organización del cerebro lo constituye las competencias de los padres y madres.

Es por eso que se tiene que considerar la desnutrición y la negligencia afectiva y educativa como una de las peores formas de maltrato a los niños y las niñas (J. Barudy, 1997). Las investigaciones en modelos animales (N. R. Rygaard, 2005, hace referencia a los trabajos de Reide, 1979) nos demuestran que el elemento más destructivo, para la maduración precoz del sistema nervioso central, es la ausencia de estimulación táctil, dado que producen una perturbación crónica de los ritmos cerebrales y de otras funciones del cerebro, además de respiración anormal, trastornos del sueño, ritmos cardíacos anormales, y todo esto aún continua, a pesar de recuperar la presencia de la madre y parecer tranquilizarse.

Por tanto:

1. El maltrato sufrido a una edad temprana puede tener efectos negativos duraderos en el desarrollo y las funciones del cerebro infantil, sobre todo cuando el sistema social no ofrece a los niños y niñas la protección necesaria, acompañada de programas terapéuticos destinados a la rehabilitación parental y/o a la reparación del daño sufrido en esta etapa de la vida, la misma que no es segura. Esto no es un determinismo absoluto, pues una protección adecuada y el apoyo de la resiliencia infantil pueden en muchos casos cambiar el curso de estas historias.
2. Las bases fundamentales de los comportamientos constructivos de los niños y niñas y más tarde de los adolescentes y adultos, consigo mismos y con los demás —incluidos la conyugalidad y la parentalidad— se adquieren también a través de las relaciones bien tratantes con, por lo menos un cuidador competente, que en la mayoría de los casos, se trata de la madre o de una substituta maternal, aunque todas las investigaciones muestran que los hombres poseen todos los recursos biológicos para hacerlo también, por lo que se necesita un cambio de patrones culturales para promover esta participación.

El gran desafío para las sociedades humanas será la integración de estos nuevos conocimientos, en la comprensión de la naturaleza humana y de los diferentes comportamientos que las personas producen. Cuando esto ocurra, la mayoría de los seres humanos podrá compartir con nosotros que en el origen de todos los comportamientos humanos, está presente la forma en que el niño o niña, que se transformará en adulto, han sido bien o maltratados en sus familias y sus sistemas sociales, tales como la escuela, su ciudad, la sociedad en general.

Lejos de querer culpabilizar a los padres, se trata de que asuman su responsabilidad de cómo crían a sus hijos, aunque esté mediado por sus propias historias infantiles. Evaluar sus competencias es una manera de establecer de qué manera la forma que tratan a sus hijos está modelando el desarrollo de su cerebro y consecuentemente de sus habilidades para la vida, con el fin de adquirir las competencias y habilidades que sus experiencias anteriores no permitieron.

Competencias Parentales

En palabras de Maryorie Dantagnan y Jorge Barudy (2007), las competencias parentales corresponden a la definición de las capacidades prácticas de los padres para cuidar, proteger y educar a sus hijos, asegurándoles un desarrollo sano, aunque pueden ser asumidas por adultos significativos aun cuando no sean progenitores de los niños.

En función de facilitar la comprensión de las competencias parentales a continuación presentamos una breve descripción de sus principales componentes **las capacidades parentales.**

Las capacidades parentales se conforman a partir de la articulación de factores biológicos y hereditarios y su interacción con las experiencias vitales y el contexto

sociocultural de desarrollo de los progenitores o cuidadores de un niño. Las capacidades parentales fundamentales corresponden a:

- a) **La capacidad de apego:** tiene relación con los recursos emotivos, cognitivos y conductuales que tiene los padres o cuidadores para apegarse a los niños y responder a sus necesidades. La teoría del apego de Bowlby ha puesto de manifiesto que en los primeros años de vida, la cercanía del niño con padres o cuidadores que apoyen su desarrollo constituye una fuente de recursos significativos en función de su vida futura.

Una persona que durante su infancia tuvo apego seguro con sus padres, en su adultez podrá desarrollar relaciones basadas en la confianza y seguridad. En cambio una persona que durante su infancia, tuvo experiencias negativas con sus padres, las que generaron apegos de tipo inseguro o desorganizado, tendrá dificultades para establecer relaciones en las que no intervengan ansiedades, inestabilidades, desconfianzas inscritas en su psiquis.

- b) **La capacidad de comunicación empática:** tiene que ver con la capacidad de los padres de sintonizar con el mundo interno de sus hijos, reconocer las manifestaciones emocionales y gestuales que denotan estados de ánimo y necesidades, lo que favorece el desarrollo de mecanismos de respuesta adecuados a las necesidades de los niños.

- c) **La capacidad de satisfacer las necesidades de los niños a través de prácticas de crianza** son modelos culturales que se transmiten de generación en generación, que tienen relación con los procesos de aprendizajes que desarrollan los padres con sus hijos, vinculados con la protección, educación y satisfacción de necesidades.

- d) **La capacidad de participar en redes sociales y de utilizar los recursos comunitarios:** la parentalidad es una práctica social, que requiere conformar redes de apoyo, que fortalezcan y proporcionen recursos para la vida familiar. En este sentido, la existencia de redes familiares, sociales e institucionales, así como el reconocimiento y validación de éstas por padres y cuidadores, constituyen un elemento significativo en el desarrollo de un buen ejercicio de parentalidad.

Se puede considerar los recursos institucionales como una fuente central para el apoyo de la vida familiar.

Estas capacidades *son altamente relevantes* para el desarrollo de las intervenciones con las familias, y deben basarse en:

1. **El afecto:** no a los malos tratos, si al contacto físico positivo y contenedor.
2. **La comunicación:** ambiente de escucha mutua, respeto y empatía, pero manteniendo una jerarquía de competencias.

3. **El apoyo en los procesos de desarrollo y las exigencias de madurez:** reconocer y gratificar los logros de los niños estimula el crecimiento y el desarrollo de los niños, no subestimarlos.
4. **El control o modulación de las emociones:** Los niños necesitan de la ayuda de los adultos significativos para aprender a modular sus emociones, o en otras palabras, a desarrollar una inteligencia emocional (Goleman D. 1996).

Promover el buen trato depende de un ejercicio responsable de la autoridad (madres, padres y/o cuidadores), y ello implica gestos, comportamientos y discursos óptimos para enfrentar los desafíos de su entorno. En otras palabras, el respeto mutuo es el cimiento de una buena relación parental, que los niños sean considerados según su edad y posibilidades como actores co-participantes de los procesos familiares y sociales en los que están inmersos.

Por tanto un cuidador competente debe poder ofrecer contextos relacionales basados en:

a. Una disponibilidad múltiple y el ofrecer a los niños y niñas una diversidad de experiencias en espacios diferenciados a nivel de:

- Espacios afectivos que permitan a los niños ser sujetos de una relación. Estos espacios, son posibles cuando los padres y cuidadores poseen capacidades de apego con los niños y, como consecuencia de esto, la empatía necesaria para entender el lenguaje a través de las cuales éstos expresan sus necesidades.
- Espacios íntimos, reconociendo en el hijo o la hija como una persona única. Son espacios de intercambio donde se refuerzan sus rasgos, atributos y capacidades.
- Espacios lúdicos, las madres, padres y/o cuidadores que son capaces de jugar con los niños, aparte de facilitar vivencias gratificantes, permiten desarrollar procesos de aprendizaje en donde la imaginación y la razón confluyen, facilitando al niño o niña la comprensión y adaptación a su medio.

Los espacios de aprendizaje serán útiles en la medida que los niños se van haciendo sujetos sociales estimulados por lo que ven. En edades más tempranas, los niños aprenden más de lo que el adulto hace que de lo que dice; más tarde, el acceso al pensamiento simbólico y a la palabra agrega la posibilidad de aprender de lo que el otro dice.

En tal sentido, la coherencia del comportamiento de los padres, cuidadores y comunidad con sus discursos resulta fundamental, de allí, la importancia de la calidad de las relaciones, pues un ejemplo vale más que mil palabras.

b. Estabilidad: los niños y niñas necesitan de una continuidad a largo plazo, de relaciones que aseguren no sólo sus cuidados, sino también la

protección para preservarles de los riesgos del entorno, tanto en la cantidad del tiempo destinada a los hijos, como en la calidad de la relación en los momentos que están con ellos.

- c. **Accesibilidad** un adulto significativo para un niño o niña debería estar siempre accesible, lo que implica presencia y disponibilidad.
- d. **Perspicacia o intuición:** entendida como la capacidad para percibir y mostrar alegría y satisfacción por los cambios con que los hijos muestran el progreso de su desarrollo.
- e. **Eficacia:** la atención y educación adecuada que reciban los niños y niñas por parte de padres y/o cuidadores para poder desarrollarse sanamente.
- f. **Coherencia:** sean capaces de ofrecer un sentido coherente a sus comportamientos. La búsqueda de sentido es uno de los motores con el que los niños ingresan en el mundo de los significados de los actos, conductas y discurso de los demás. Al integrar estos significados los niños le dan sentido a sus propios comportamientos.

En conclusión:

- La neurociencia ha demostrado que la organización y el funcionamiento del cerebro humano dependen no sólo del mapa genético de cada sujeto, sino también de sus interacciones con el entorno familiar y social en que le toca vivir. Por tanto, los contextos donde los niños y niñas se desarrollan, son determinantes para un óptimo funcionamiento.
- Las relaciones entre los adultos y los niños deben ser siempre personalizadas, afectivas y respetuosas, reconociendo los derechos y deberes de los padres y de los hijos, manteniendo siempre que la responsabilidad de los cuidados, la educación y la protección la tienen los adultos.
- Se aceptan y se respetan las diferencias entre los niños, incluyendo sobre todo la diversidad de género, edad y singularidades ligadas a talentos, minusvalías u otros problemas. Se confía en sus posibilidades y se espera que se comporten adecuadamente analizando las transgresiones considerando los contextos y las circunstancias en donde ellas ocurrieron. En el caso de los sistemas institucionales, se debe respetar y valorar la diversidad étnica y cultural.
- Las normas, reglas y leyes que modulan los comportamientos son enseñadas en el marco de relaciones afectuosas y éstas son permanentemente recordadas y reforzadas a través de conversaciones cotidianas y significativas.
- Los padres, madres y cuidadores competentes ofrecen al niño o niña un apego seguro, reaccionan con empatía frente a sus demandas de satisfacción de sus necesidades, pero al mismo tiempo mantienen la autoridad necesaria para protegerlos y educarlos. Reconocen sus esfuerzos,

disfrutan de su compañía sonriendo y respondiendo de manera oportuna y pertinente.

- Una adecuada estrategia de intervención familiar permitirá a ayudar a las familias a que cuenten con las condiciones básicas que necesitan para cumplir con su rol natural de proveer protección y cuidados a sus niños. Esta no es una tarea fácil, menos en contextos de alto riesgo psicosocial o de crisis familiar. Sin embargo, es una acción necesaria para promover una parentalidad suficientemente adecuada que ofrezca nuevas posibilidades a niños y niñas y puedan lograr un desarrollo sano y comportamientos sociales responsables con ellos mismos y su comunidad.

El respeto, el afecto, la no violencia y el buen trato son posibilidades reales y alcanzables. La resiliencia humana o capacidad para superar las consecuencias de las experiencias difíciles incluso traumáticas, nos permite transformarlas en formas constructivas para enfrentar las adversidades y los nuevos desafíos del vivir, teniendo una posibilidad de desarrollarse en entornos afectivos y de buen trato para todos los protagonistas, padres, madres y niños, futuros adultos y gestores de vida.